rece que el mundo vivió en esta incertidumbre hasta poco antes del nacimiento de Jesucristo, época en la cual fué general la creencia en la próxima aparición del Deseado de las naciones.

Cicerón anuncia la aparición de un rey profetizado por las Sibilas, "al cual será preciso someterse para salvarse,„ y pregunta: "¿Quién será ese rey? ¿Cuándo vendrá? [1]„ Mientras Virgilio siente ya aproximarse esa edad suspirada, en la cual un niño misterioso renovará el mundo, matará la serpiente, borrará los pecados y hará reinar la paz en toda la tierra, y aunque el poeta, como los judíos, se haya equivocado en la profecía, no por eso dejan de ser notables sus palabras:

"Ultima Cumaci venit jam carminis aetas:
Magnus ab integro sacculorum nascitur ordo:
Jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna:
Jam nova progenies coelo dimittitur alto.
Tu modo nascenti quo ferrea primum
Desinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Casta, fave, Lucina: tuus jam regnat Apollo„, etc. [2]

8. Avanzando más otros escritores, órganos de las creencias de estos tiempos, al paso que presagian la aparición próxima de la *estrella de Jacob*, señalan el punto del horizonte por donde se presentará al mundo. Hemos observado más arriba que los orientales la esperaban del Occidente, y del Oriente los que escribían en Europa; más he aquí que "las tradiciones antes confusas..... se avivan y precisan y se esparcen de un extremo del mundo al otro, como mil ecos de una misma voz que repercute y vuelve sobre sí misma.

1 *De Divination*, lib. II, cap. LII.
2 *Egloga* IV á Polión.

Los pueblos fijan instintivamente sus ojos en el polo de su comun esperanza, en la Judea; porque de allí ha de salir el Dominador esperado„ [1]. Bastará citar, en confirmación de este juicio, á Tácito, á Suetonio y á Josefo: "Se creía generalmente,—dice el clásico historiador,—según antiguas profecías, que en aquel tiempo prevalecería el Oriente y saldrían de Judea los gobernadores del mundo„ [2]. Y Suetonio dice: "Habíase propagado por todo el Oriente la antigua y constante opinión de que estaba consignado en los destinos que por aquel tiempo la Judea iba á dar directores al mundo„ [3].

Citamos igualmente á Josefo, no como judío de nacimiento, sino como cortesano del imperio romano, y romano en su manera de juzgar de las cosas religiosas. "Lo que indujo — escribe — á los judíos á empeñarse en esta desgraciada guerra, fué un pasaje ambiguo de la Escritura, que anunciaba para este tiempo la aparición de un hombre de su nación que había de dominar al mundo„ [4].

No sólo la Europa, sino las regiones orientales creían en este tiempo que se acercaba la venida del Redentor y que éste nacería en Judea. Oigamos á Villemain: "Este movimiento de inquietudes y de curiosidad religiosa que agitaba al mundo se apoderó también de la inercia contemplativa de la India y turbó el reposo de los brahmanes. Si hemos de dar crédito al estudio de los monumentos orientales [5], el anuncio de un suceso milagroso se había difundido en la India como en Judea [6]. Monumentos irrecusables testifican que se sintió ese presagio hasta en el fondo de la China, y que su emperador Min-ti envió á la India diputados especiales para

1 Angulo Nicolás, *Estudios*, lib. II, cap. III.
2 *Anales*, lib. V, cap. XIII.
3 *Vida de Vespasiano*, cap. IV.
4 *Guerra de los Judios*, lib. VI, cap. XXXI.
5 *Asiatical researches*, tomo I.
6 *Du Polytheisme. Melanges.*, tomo II, pág. 101.

reconocer al Santo que debía aparecer en Occidente [1]. Y hasta gran número de gentiles, afirma el Talmud, acudían á Jerusalén en esa época, ávidos de contemplar al *Deseado de las naciones*„ [2].

9. De tal manera se había encarnado en la conciencia pública la persuasión de la venida inmediata de ese Restaurador de la justicia y de la paz, que habiéndose divulgado en vida de Augusto á consecuencia de un prodigio notorio en toda Roma la noticia de que la naturaleza incubaba laboriosamente un personaje que sería rey de los romanos, estremecióse el Senado y publicó un decreto prohibiendo en aquel año la crianza de todos los niños [3]. Ciertamente que no se cumplió el inicuo *senatus consultum;* pero acaso — observa Macrobio — ¿no se ejecutó al pie de la letra el promulgado con el mismo fin por Herodes en Judea? [4]

Se ve que la noche que envolvió al mundo pagano no fué tan profunda que no hubiera luz bastante para iluminar á los hombres de buena voluntad y darles á conocer los elementos esenciales de la revelación primitiva, y por ende de la verdadera y única religión. Esas verdades fundamentales sobrenadaron en las más tristes épocas en el océano de errores y de crímenes que todo lo había sumergido; y cuantos desearon salvarse, al puerto llegaron asidos á esos restos imperecederos de un naufragio lamentable.

10. Tal fué la verdadera religión, la religión cristiana, antes de la venida de Jesucristo, y tal es hoy después de su venida para los que tienen ignorancia invencible de la redención efectuada en el Gólgota; porque es evidente que Cristo no ha venido aún para quienes no han sido evangelizados en su nombre, y por eso pueden salvarse con la esperanza de su advenimiento.

1 Schmith, *Orig. des Mythes.*
2 Mons. Guilbert, *La Divine Syntèse,* tomo I, pág. 107.
3 Suetonio, *Vida de César Augusto,* cap. XCIV.
4 *Satur.*, lib. II, cap. IV.

Es la doctrina de la Iglesia y de sus doctores bien contraria ciertamente á la que pone Rousseau en boca del Vicario saboyano, con el fin de hacer á la Iglesia odiosa y de precipitar á las almas en la indiferencia religiosa [1]. Oigamos á San Agustín, dirigiéndose á los judíos: "Nadie puede negar que siempre hubo en el mundo hombres más bien celestiales que terrenos, verdaderos israelitas y ciudadanos de la patria de arriba; y si alguien osare negarlo, fácil nos sería confundirlo con el ejemplo del admirable y santo Job. En cuanto á mí, estoy persuadido que la Providencia ha querido enseñarnos con ese santo hombre que en todos los pueblos han podido existir hombres que vivieron según Dios, que agradaron á Dios y que fueron ciudadanos verdaderos de la Jerusalén espiritual; lo cual es imposible, según la fe, á no ser que Dios les haya revelado el solo único mediador entre Dios y los hombres, que fué anunciado á los antiguos como debiendo venir un día en carne, como á nosotros se nos anuncia que ya vino; de manera que la misma fe une los hombres á Cristo en todos los tiempos y en todos los lugares [2]. Pues lo que hoy llamamos religión cristiana existió entre los antiguos y no dejó jamás de existir desde el origen del género humano; llamándose cristiana, después de la venida de Cristo, á la misma religión verdadera que existió antes [3].„

11. Nunca fué necesario para salvarse conocer explícitamente todos los dogmas, aun principales, de nuestra religión, bastando comunmente la fe implícita de muchos de ellos. Así lo enseña Santo Tomás de Aquino: "Si algunos hombres se salvaron sin haber conocido la revelación del Mediador, no por eso se salvaron sin la fe del Mediador; porque si no tenían fe explícita, tenían, no obstante, una fe

1 *Emilio.*
2 *De civitate Dei,* lib. XVIII, cap. XLVII.
3 *Retractations,* lib I, cap. XIII.

implícita en la divina Providencia, creyendo que Dios era libertador de los hombres, salvándolos por los medios que le pluguiera escoger y en la forma que su espíritu revelase á los que conocían la verdad [1].„ "Los que ignoran invenciblemente nuestra santa Religión—enseñó el Sumo Pontífice Pío IX—pero guardan fielmente la ley natural y los principios grabados por Dios en todos los corazones, y habituados á obedecer á Dios, llevan una vida honesta y proba, pueden con la luz y la gracia divina conseguir la vida eterna. Porque Dios, que sonda los corazones, los espíritus, los pensamientos y los hábitos, juzga según su bondad y clemencia infinitas, y no quiere castigar con eternos suplicios al que no comete pecados voluntariamente [2].„

Se ha probado suficientemente que en todas las naciones, bajo todas las latitudes y en todos los tiempos, se han conservado las huellas indestructibles de una revelación primordial y las verdades capitales de la existencia de Dios, de la inmortalidad de las almas y de sus futuros destinos, y de la caída del hombre y de su futura rehabilitación, que son la base inconmovible de todas las teologías. La promesa de un libertador hecha por Dios en los umbrales del paraíso, flotó siempre por encima de toda corrupción y de todos los extravíos de la pobre y afligida humanidad.

1 *Suma teológ.* Parte segunda de la segunda, cap. II, art. 7.º
2 *Encyclica*, 10 de Agosto de 1863.

§ II

La crítica histórica.

1. El criticismo histórico-religioso. — 2. Primeros disparos contra lo sobrenatural. — 3. El petrismo y el paulismo de Strauss. — 4. Decadencia de esta escuela. — 5. La nueva religión de Hartmann. — 6. Lo sobrenatural, arma de los poderosos. — 7. La forma físico-mitológica. — 8. La mitología no fué la primera religión. — 9. Pruebas tomadas de los libros de Oriente. — 10. Tampoco fué una concepción puramente subjetiva. — 11. La mitología antropológica. — 12. No es un progreso. — 13. Grecia no fué la cuna del teantropomorfismo. — 14. Errores de la Escuela crítica.

1. Compréndese la ineficacia de las ciencias naturales para destruir esa prueba en favor de la religión Católica, que surge potente y vigorosa de la expectación universal del Redentor del humano linaje. Por eso la escuela racionalista acude á la crítica histórico-literaria y al análisis psicológico, y amontona hipótesis y sistemas, teorías y delirios, que se suceden con vertiginosa rapidez, á fin de desvirtuar las tradiciones y las profecías, los milagros y las creencias generales que lo sobrenatural presenta como títulos legítimos, que lo imponen á toda conciencia recta.

El criticismo histórico-religioso es una aplicación de los principios de Spinosa y de Kant, y de la filosofía crítica de Taine y Vacherot al examen de las ideas religiosas. Sin remontarse más allá del presente siglo, ya que antes no existió Escuela como tal, Eichhorn, muerto en 1827, fué el primero que vergonzosamente atacó lo sobrenatural, especialmente el Antiguo Testamento, acusando á toda la antigüedad de falta absoluta de crítica y predicando la necesidad de traducir su lenguaje al lenguaje de nuestra época. Paulus, que falleció en 1850, negó abiertamente el milagro, inventando para la inteligencia de la historia la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo, ó sea entre el hecho real y lo